

LAS GRANDES
DICTADURAS EUROPEAS
DEL SIGLO XX

*Fascismos, totalitarismos
y autoritarismos*

Temas de Historia Contemporánea
Coordinadora: PILAR TOBOSO SÁNCHEZ



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

LAS GRANDES
DICTADURAS EUROPEAS
DEL SIGLO XX

*Fascismos, totalitarismos
y autoritarismos*

Francisco Cobo Romero



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Francisco Cobo Romero

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9171-203-9
Depósito Legal: M-20.135-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
1. LOS ORÍGENES HISTÓRICOS DE LAS MODERNAS DICTADURAS DE MASAS	17
1.1. <i>Algunos planteamientos preliminares</i>	17
1.2. <i>Europa antes de la Primera Guerra Mundial</i>	18
1.2.1. La crisis identitaria y cultural de finales del siglo XIX	19
1.2.2. El nacimiento de una nueva derecha <i>völkisch</i> y antiliberal.	20
1.2.3. Un nuevo mapa geopolítico europeo	21
1.3. <i>La Gran Guerra y la ruptura del orden político, económico y cultural europeo</i>	22
1.3.1. La emergencia de un nuevo capitalismo y sus consecuencias sociopolíticas.	23
1.3.2. La salida de la guerra y la crisis del orden liberal	25
1.3.3. La crisis de la democracia	27
1.3.4. Las dificultades del parlamentarismo	28
1.3.5. Modelos políticos en pugna: liberalismo, fascismo y socialdemocracia	30
1.4. <i>El derrumbe del orden moral y mental de preguerra y la emergencia de las ideologías totalitarias</i>	32
1.4.1. La crisis de los valores tradicionales y las nuevas mentalidades	34
1.4.2. La hora de los extremismos políticos y la radicalización ideológica	35
2. FASCISMO, COMUNISMO Y TOTALITARISMO	39
2.1. <i>El pensamiento socialista: del “socialismo científico” al “marxismo-leninismo”</i>	39
2.1.1. El marxismo-leninismo y la formulación del comunismo moderno	41

2.1.2.	La aportación del “leninismo”	43
2.1.3.	La variante leninista del pensamiento revolucionario marxista	45
2.2.	<i>El fascismo</i>	47
2.2.1.	Los precedentes culturales, filosóficos e intelectuales del pensamiento fascista	48
2.2.2.	Nietzsche, Le Bon y Sorel	50
2.2.3.	Ultranacionalismo y antiliberalismo en la Italia de preguerra	52
2.2.4.	La contradictoria naturaleza del fascismo	53
2.3.	<i>El totalitarismo y las modernas dictaduras de masas</i>	55
2.3.1.	Los significados del término “totalitarismo”	56
2.3.2.	Los principales rasgos de la dictadura totalitaria ..	58
2.3.3.	Totalitarismo y religión política	60
2.4.	<i>Algunas características primordiales de las modernas dictaduras de masas</i>	61
2.4.1.	El horizonte utópico, la construcción del “hombre nuevo” y el proyecto modernizador	62
3.	LA RUSIA SOVIÉTICA: DE LENIN A STALIN	65
3.1.	<i>Los prolegómenos</i>	65
3.2.	<i>El ascenso de Lenin al poder y la construcción de la dictadura bolchevique, 1917-1924</i>	66
3.2.1.	Los precedentes. La Revolución de Febrero de 1917	67
3.2.2.	Las jornadas de julio	68
3.2.3.	El levantamiento de Kornílov y el ascenso de los bolcheviques	69
3.2.4.	Los inicios del régimen bolchevique	72
3.2.5.	El aniquilamiento de la democracia burguesa y la supresión del pluralismo político	74
3.2.6.	La cuestión de las nacionalidades y la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas	77
3.2.7.	La implantación del terror y el afianzamiento de la dictadura.	79
3.2.8.	Las principales medidas económicas adoptadas por el nuevo régimen: “el comunismo de guerra” ..	83
3.2.9.	Los problemas crecen. El abandono del “comunismo de guerra” y la adopción de la “Nueva Política Económica”	86

3.3. <i>El ascenso de Stalin al poder y la edificación del totalitarismo comunista, 1924-1939</i>	89
3.3.1. Las insuficiencias de la NEP y el incremento de las tensiones sociales	90
3.3.2. La lucha por el poder en el seno del Partido Bolchevique	92
3.3.3. El aparato estatal en tiempos de Stalin	96
3.3.4. Los orígenes y la consolidación del aparato policial y represivo	99
3.3.5. De la represión institucionalizada al “Gran Terror”	101
3.3.6. Las causas del “Gran Terror” y algunas de sus consecuencias	102
3.4. <i>La economía: los Planes Quinquenales y la Colectivización Forzosa</i>	104
3.4.1. Las grandes transformaciones en la industria y la agricultura	105
3.4.2. La estatalización de la industria y los Planes Quinquenales	107
3.4.3. La colectivización de la agricultura	110
3.5. <i>La sociedad soviética bajo Stalin. ¿Una auténtica revolución?</i>	113
3.5.1. La mujer y la familia	115
3.5.2. La educación y la cultura	118
3.6. <i>Las actitudes sociales y la opinión popular. Acatamiento, oposición y resistencia</i>	120
3.6.1. El control y la vigilancia de la población	121
3.6.2. Las transformaciones sociales y los nuevos soportes del régimen dictatorial	122
4. LA ALEMANIA DEL TERCER REICH	125
4.1. <i>El final de la Primera Guerra Mundial, el incremento de las tensiones políticas y el derrumbe del Imperio alemán</i> ..	125
4.1.1. La Revolución alemana y el surgimiento del paramilitarismo ultranacionalista, antiizquierdista y antiliberal	128
4.1.2. La Revolución se extiende	130
4.2. <i>La crisis de la República de Weimar y el ascenso del nazismo</i>	132
4.2.1. Los comienzos del Partido Nacionalsocialista y la irrupción de Hitler en la arena pública	132

4.2.2.	La primera gestación del pensamiento hitleriano	135
4.2.3.	La forja de un líder.	138
4.3.	<i>El acelerado proceso de descomposición de la democracia de Weimar</i>	139
4.3.1.	La crisis económica de los años 30 y el definitivo triunfo de los nazis.	139
4.3.2.	El deterioro de la situación política y el ascenso de los nazis	140
4.3.3.	Una fracción de la élite política comienza a confiar en el nazismo	143
4.4.	<i>La implantación del Tercer Reich</i>	144
4.4.1.	¿Una revolución legal? Los primeros pasos hacia la dictadura nazi	145
4.4.2.	El aniquilamiento de la socialdemocracia	149
4.4.3.	La absorción de los católicos y la desintegración de la derecha antirrepublicana	150
4.4.4.	La liquidación del enemigo interno: la “noche de los cuchillos largos”	152
4.5.	<i>Los órganos de poder y los instrumentos represivos</i>	153
4.5.1.	El Partido-Estado	154
4.5.2.	Los instrumentos del terror	157
4.6.	<i>La propaganda, la educación y el adoctrinamiento de la juventud</i>	160
4.6.1.	La propaganda y el mito del Führer	160
4.6.2.	El empleo de los modernos medios de comunicación de masas.	163
4.6.3.	La educación y el adoctrinamiento de la juventud	164
4.7.	<i>La política económica</i>	168
4.7.1.	Las principales características	169
4.7.2.	El Plan Cuatrienal y el incremento del gasto armamentístico	170
4.8.	<i>¿Una dictadura popular y de masas? Los apoyos y la oposición</i>	171
4.8.1.	Unos apoyos multiformes y generalizados.	172
4.8.2.	Unas actitudes sociales contradictorias y ambivalentes.	175
4.8.3.	Una oposición extremadamente débil.	177
5.	LA ITALIA DE MUSSOLINI	181
5.1.	<i>Modernización económica y crisis del Estado liberal, 1900-1922</i>	181

5.1.1.	El crecimiento de la economía y el avance de las políticas sociales	182
5.1.2.	El aumento de las tensiones sociales y de la inestabilidad política.....	184
5.1.3.	La aceleración de la crisis del Estado liberal y la radicalización de las luchas agrarias.....	185
5.1.4.	El desequilibrio presupuestario, los repuntes inflacionarios, la debilidad gubernamental y el nacimiento del fascismo	188
5.1.5.	Las huelgas agrícolas del “Bienio Rojo” y el avance del fascismo agrario	190
5.2.	<i>Los primeros pasos hacia la implantación de la dictadura</i>	192
5.2.1.	La hegemonía del escuadrismo y el cuestionamiento del liderazgo de Mussolini..	193
5.2.2.	La radicalización del movimiento fascista y el aniquilamiento de los socialistas	196
5.2.3.	La tormentosa consolidación de liderazgo de Mussolini.....	198
5.3.	<i>La construcción del régimen mussoliniano: hacia el Estado totalitario.....</i>	200
5.3.1.	Las primeras medidas legislativas	201
5.3.2.	Los primeros pasos hacia la fascistización del Estado.....	204
5.3.3.	Rumbo al Estado corporativo	207
5.4.	<i>La institucionalización del régimen y la construcción de una nueva comunidad nacional...</i>	209
5.4.1.	¿Fue realmente revolucionario el régimen mussoliniano?	209
5.4.2.	Las limitaciones del totalitarismo mussoliniano..	212
5.4.3.	Los instrumentos para la creación de una nueva comunidad nacional: el culto al Duce y el adoctrinamiento de la juventud.....	214
5.4.4.	El “culto al Duce”	215
5.4.5.	El adoctrinamiento de la juventud	217
5.5.	<i>Las políticas económicas: ¿revolución fascista o capitalismo de Estado?.....</i>	218
5.5.1.	La pugna por el modelo sindical y corporativo de regulación de los mercados laborales	219
5.5.2.	El proteccionismo, las medidas autárquicas y sus perniciosos efectos	222
5.5.3.	Las respuestas a la Gran Depresión y el creciente intervencionismo estatal en la economía.....	223

5.6.	<i>¿Un régimen transformador? Las actitudes de la población y la cuestión de los apoyos prestados a la dictadura</i>	225
5.6.1.	Coerción, terror y violencia	226
5.6.2.	El desigual impacto de las políticas fascistas sobre las diferentes clases sociales	229
6.	EL PORTUGAL DE SALAZAR	233
6.1.	<i>Los orígenes: nacimiento, decadencia y muerte del régimen republicano</i>	233
6.1.1.	La debilidad del republicanismo y el auge del nacionalismo autoritario, 1890-1918	234
6.1.2.	La dictadura de Sidónio Pais, el regreso de la República y su acelerada descomposición	236
6.1.3.	Inestabilidad política, insurgencia militar y caída de la República, 1919-1926	238
6.2.	<i>La implantación del Estado Novo: una dictadura constitucional</i>	240
6.2.1.	La <i>União Nacional</i> : el partido "único" del régimen	242
6.2.2.	El sistema corporativo	244
6.3.	<i>El encuadramiento de la juventud y las organizaciones paramilitares</i>	248
6.4.	<i>Los rasgos ideológicos del régimen: nacionalismo, fascismo, catolicismo y defensa del imperio colonial</i>	249
7.	LA ESPAÑA DE FRANCO	253
7.1.	<i>Los precedentes: la crisis del parlamentarismo liberal y el estallido de la Guerra Civil</i>	253
7.1.1.	La experiencia republicana y el progresivo debilitamiento de la confianza depositada en el parlamentarismo y la democracia	256
7.2.	<i>La trágica experiencia de la Guerra Civil y la construcción de la "cultura de la victoria"</i>	258
7.2.1.	Los mitos de la Guerra Civil y la exaltación espiritualizada de la Nación	258
7.2.2.	La "comunidad cultural" de los vencedores	260
7.3.	<i>La construcción del Nuevo Estado</i>	262
7.3.1.	El fortalecimiento de la figura del jefe del Estado	264
7.3.2.	Las familias: Falange, Ejército e Iglesia	266
7.3.3.	La represión sobre los vencidos	267

7.3.4.	La arquitectura legislativa e institucional del Nuevo Estado. La Ley de creación de las Cortes Españolas y otras leyes fundamentales	269
7.3.5.	La oposición.....	271
7.4.	<i>Hacia la consolidación del régimen</i>	274
7.4.1.	Aislamiento internacional	274
7.4.2.	El afianzamiento de Franco al frente de la jefatura del Estado y los primeros síntomas de la oposición y la disidencia	276
7.4.3.	Los primeros pasos hacia la apertura internacional	278
7.4.4.	La cruzada para la recuperación de la moral pública y la educación	279
7.4.5.	El reconocimiento internacional y el asentamiento del nacionalcatolicismo	283
7.4.6.	Los primeros síntomas de descontento interior: la Universidad.....	285
7.4.7.	Las relaciones internacionales: bajo la órbita de los Estados Unidos	286
7.4.8.	Manifestaciones de descontento social.....	287
7.5.	<i>Desarrollismo económico y conflicto sociopolítico</i>	288
7.5.1.	Desarrollo, cambio social y oposición	288
7.5.2.	La revuelta estudiantil.....	291
7.5.3.	El malestar en el seno de la Iglesia católica.....	291
7.5.4.	La protesta laboral y el nacimiento del sindicalismo democrático.....	292
7.5.5.	El despertar de la oposición política	294
DOCUMENTOS.....		297
1.	<i>El culto al líder en la Rusia estalinista</i>	297
2.	<i>El Estado Racial según Adolf Hitler</i>	298
3.	<i>El fascismo y el Estado fascista según Benito Mussolini</i>	300
4.	<i>La justificación de la dictadura portuguesa según António de Oliveira Salazar</i>	302
5.	<i>La jerarquía eclesiástica justifica el levantamiento militar de Franco y se adhiere al Bando Nacional</i>	304
CRONOLOGÍA		307
BIBLIOGRAFÍA.....		315

2

FASCISMO, COMUNISMO Y TOTALITARISMO

2.1. *El pensamiento socialista: del “socialismo científico” al “marxismo-leninismo”*

El pensamiento de Marx y Engels fue decisivo en la configuración de un legado ideológico, cultural y político que contribuyó enormemente a la modelación clásica de conceptos esenciales en el movimiento obrero contemporáneo, como los de “clase obrera”, “revolución proletaria”, “dictadura del proletariado”, “comunismo” o “socialismo”.

El pensamiento marxista puede analizarse desde tres grandes pilares fundamentales:

1. Una concepción materialista de la Historia.
2. Una crítica del presente lograda a través del análisis de la Economía Política Capitalista.
3. Un proyecto de futuro mediante la definición de la Sociedad Comunista.

Analicemos, en primer lugar, el materialismo histórico como concepción filosófica de la evolución de la historia de la humanidad propuesta por

Marx y Engels. Para el pensamiento marxista, la historia de la humanidad es una constante sucesión de luchas de clases. El enfrentamiento sostenido por los diferentes grupos sociales en su vida material, y como resultado de sus desigualitarias relaciones productivas, convierte a la “lucha de clases” en el motor que impulsa el desarrollo social. Y por tanto, la evolución desde un pasado de barbarie hacia un futuro de bienestar generalizado, basado en la posesión colectiva de la riqueza y en los medios para producirla.

Marx concibe la historia como una constante sucesión de modos de producción, o sistemas de relaciones de producción entre distintos grupos sociales que, a su vez, ocupan posiciones diferenciadas en una ordenación desigual y jerarquizada de la división social del trabajo. En cada uno de estos modos de producción, unos grupos privilegiados, convertidos en dominantes por ocupar el control de las instituciones políticas y del Estado, se aseguran la apropiación privada de los medios productivos. Y subordinan o explotan de diferentes maneras a los grupos sociales desposeídos, obligados a ceder parte de la riqueza creada por su trabajo en beneficio de las clases dirigentes o dominantes.

En la historia se habrían sucedido, según los planteamientos marxistas, tres grandes modos de producción: esclavismo, feudalismo y capitalismo. La evolución, o el tránsito, de un modo de producción a otro —así como de toda la superestructura jurídica o política que se instala sobre unas determinadas relaciones de producción— se produce cuando las “viejas” clases dominantes y sus estados dejan de asegurar el constante crecimiento de las fuerzas productivas.

De esta manera, se convierten en obstáculos al desarrollo, que son superados por las nuevas formas de producción que conllevan a su vez “nuevas” clases en ascenso, dispuestas a arrebatarse el control del Estado a las “viejas” clases dominantes. La pugna por el control del Estado entre las “viejas” clases y las “nuevas” clases portadoras de un nuevo modo de producción, y de unas nuevas formas de organizar políticamente el Estado, puede manifestarse de manera revolucionaria, dando lugar a un proceso de transformación política revolucionaria que traiga consigo una nueva era histórica.

A continuación se tratará la economía política capitalista, o el análisis económico del capitalismo llevado a cabo por el pensamiento marxista. El análisis del presente condujo a Marx y a Engels a llevar a cabo un riguroso estudio del funcionamiento del modo de producción capitalista. En esta labor destaca la obra de Marx *El Capital. Contribución a la crítica de la*

economía política. Ahí pone de manifiesto el mecanismo de acumulación capitalista y, por consiguiente, el empobrecimiento generalizado de la clase obrera frente al enriquecimiento de la burguesía. Este mecanismo descansa sobre el concepto de “plusvalía”.

Según el marxismo, con la maquinización, traída por la industrialización, la mano de obra asalariada contribuye a la creación de valor en una cantidad superior a la necesitada para su propia reproducción. El valor conjunto creado por el obrero en el proceso productivo se dividiría en trabajo necesario (o aquella porción de la jornada destinada a crear valor para restituir su propio salario) y plusvalía (o porción de la jornada destinada a crear un valor añadido, que pasaría a engrosar la ganancia capitalista tras la venta de lo producido en el mercado).

Por último, se abordará de forma extremadamente somera los principales caracteres revestidos por la utopía marxista, condensada en su particular caracterización de la sociedad comunista. Para acabar con la explotación del hombre por el hombre, fundamento de todos los modos de producción anteriores, Marx y Engels proponen la necesidad de que el proletariado (concebido como la clase llamada a efectuar la revolución contra la burguesía) conquiste el poder del Estado, desaloje a la burguesía de este y construya un nuevo Estado obrero al servicio de los trabajadores. Este nuevo Estado proletario sentaría las bases para el inicio de un nuevo modo de producción.

El socialismo, se basaría, pues, en una nueva ordenación de los medios de producción, que pasarían a ser de propiedad estatal. El socialismo instalado sobre la propiedad colectiva de los medios de producción y las fuentes de riqueza allanaría el camino para la progresiva disolución de las clases sociales. Una vez desaparecidas las clases sociales, desaparecería el Estado (entendido como instrumento político al servicio de los intereses las clases dominantes). Se llegaría así, propiamente, al denominado comunismo (Worsley, 2002).

2.1.1. El marxismo-leninismo y la formulación del comunismo moderno

Hacia finales del siglo XIX, el Imperio zarista constituía aún uno de los feudos más impenetrables en todo lo que se refiere al avance que había

experimentado la democracia, la representación parlamentaria y el amplio reconocimiento de derechos y libertades individuales, que por aquel entonces ya había dejado profundas huellas en la mayor parte de los estados y sociedades europeas occidentales. La monarquía de los zares todavía seguía instalada sobre instituciones ancestrales, el zar mismo continuaba revestido de una aureola de sacralidad que lo convertía en una autoridad semidivina, situada al frente de un Estado despótico que perseguía sañudamente cualquier manifestación de oposición a su poder supremo y que impedía de manera tajante la emergencia de cualquier corriente de pensamiento liberal y aperturista, por moderada que esta fuese. En un contexto tan adverso, a lo largo del último tercio del siglo XIX fueron haciendo acto de presencia numerosas corrientes políticas de oposición, casi todas ellas maximalistas y de corte revolucionario, que abogaban por la difusión entre la población campesina de mensajes de liberación, haciendo llamamientos a un generalizado levantamiento armado contra el régimen zarista. Quizá la principal de todas ellas fuese la denominada “Tierra y Libertad”, un resultado de la evolución del movimiento populista conocido como “la ida al pueblo” (en realidad, una estrategia basada en la difusión de la propaganda socialista entre el campesinado con el fin de hacerlo consciente de su capacidad para poner fin a la autocracia con medios propios). La referida corriente de agitación albergaba la esperanza en torno a la inminente puesta en pie de un alzamiento revolucionario del campesinado de carácter enteramente autónomo y espontáneo, dirigido a poner fin al régimen autocrático zarista para así poder dar paso a un nuevo sistema político alternativo y democrático. Un nuevo régimen político que, sin necesidad de transitar a través de un Estado liberal-burgués promotor del desarrollo capitalista, estuviese dispuesto a llevar a cabo la expropiación de las tierras en manos de los nobles y la Iglesia, procediendo a su distribución entre el campesinado y abriendo el camino hacia una nueva era histórica basada en la esencia socializante e igualitaria de la ancestral comuna rusa.

La generalizada indiferencia con la que el campesinado ruso respondió a las propuestas de agitación desplegadas desde el movimiento populista indujo a muchos de sus integrantes a optar por el seguimiento de una táctica de terrorismo individual como la defendida por el grupo denominado “Repartimiento Negro”, destinada a golpear al régimen zarista de manera contundente mediante el recurso al magnicidio o al asesinato de destacados miembros de su cúpula estatal. Sin embargo, y como consecuencia de la

penetración de los postulados teóricos del marxismo en tierras rusas y del parcial fracaso cosechado por las corrientes revolucionarias de raíz populista y campesina, fue emergiendo desde las décadas de los 80 y los 90 del siglo XIX una nueva corriente socialista inspirada en la socialdemocracia europea occidental. La citada corriente trataba de interpretar la realidad política y social de la Rusia zarista empleando los instrumentos analíticos y teóricos cedidos por el marxismo oficial y concluía que la mejor arma para acabar con el despotismo zarista no era otra que la preparación revolucionaria de la clase obrera. La tarea de adoctrinamiento y capacitación revolucionaria de los trabajadores urbanos industriales estaría destinada a la puesta en marcha por parte de estos últimos, en alianza con los sectores más progresistas de la burguesía, de un movimiento de oposición al zarismo de esencia democrático-parlamentaria. Una vez alcanzada la implantación de un régimen de corte liberal-democrático, la tarea inmediata de la socialdemocracia rusa consistiría en la conducción de la clase proletaria hacia el fin último de la revolución socialista, alcanzado tras la implantación de un modelo económico basado en la propiedad colectiva y la erradicación de las clases sociales. Y fue en el seno de estas incipientes corrientes revolucionarias de inspiración marxista donde se formó políticamente la figura de Vladímir Ilych Uliánov, conocido como Lenin, quien años más tarde se convertiría en la figura más destacada de una variante interpretativa del marxismo aplicada a la realidad política y social de la Rusia zarista.

2.1.2. La aportación del “leninismo”

Lenin llegó a convertirse en el más preclaro y significativo exponente del ala izquierda de la socialdemocracia rusa, lo que le valió la persecución de la policía política zarista, la reclusión en las principales prisiones habilitadas en la remota región siberiana y, finalmente, el exilio europeo en Suiza a partir de 1900. Al año siguiente fundó el periódico *Iskra*, destinado a difundir sus particulares concepciones sobre la nueva estrategia del marxismo revolucionario encaminada a poner fin al zarismo. En 1902 vio la luz *¿Qué hacer?*, un importante texto político suyo en el que formulaba toda una batería de trascendentes sugerencias sobre el modo en que había de configurarse el Partido Obrero Revolucionario. En esta ocasión, Lenin defendía la necesidad

de construir un instrumento político al servicio de los intereses de la clase trabajadora, esencialmente constituido por una minoría privilegiada de intelectuales al servicio de la defensa de los principales postulados de las teorías revolucionarias del marxismo. Lenin abogaba por la constitución de un partido fuertemente centralizado, integrado por un selecto grupo de activistas capaz de hacer frente a las desviaciones reformistas y sindicalistas que en el seno del capitalismo, y según su propio parecer, tendían indefectiblemente a adueñarse de las organizaciones de signo socialista que agrupaban a las clases trabajadoras más conscientes.

El año 1903 se convertiría en una fecha emblemática para las aspiraciones de liderazgo de la socialdemocracia rusa mostradas por Lenin, ya que se celebró en Londres el Tercer Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (una organización fiel a la ortodoxia del marxismo fundada en 1898), donde Lenin logró imponer sus tesis aun a costa de seccionar la organización en dos mitades: la de la mayoría, seguidora de los planteamientos revolucionarios de Lenin y comúnmente denominada 'bolchevique', y la de la minoría, fiel a los postulados del marxismo clásico, que pasó a ser conocida como la fracción 'menchevique'. A partir de entonces, Lenin planteó la posibilidad de llevar a cabo una revolución de corte socialista en Rusia, liderada por el proletariado industrial en alianza con el campesinado más pobre y hambriento de tierras, sin necesidad de transitar por una etapa histórica intermedia de gobierno democrático de la burguesía. Esta última etapa era la misma que venía siendo juzgada por el marxismo ortodoxo como el eslabón a través del que obligatoriamente se llevaría a efecto la profundización de las relaciones capitalistas de la producción, la maduración de la clase obrera industrial y su posterior preparación para la implantación del socialismo (Ulam, 1998; White, 2001).

A pesar de que originariamente el marxismo concebía el advenimiento del socialismo como el resultado de un proceso revolucionario liderado por el proletariado industrial que vendría asociado, de manera indefectible, al empleo de la violencia de clase contra el Estado burgués, el propio Marx acabó albergando, tal y como ponen de manifiesto algunos de sus escritos, una fundada esperanza en que la resolución de dicho proceso se llevase a efecto de manera evolutiva y pacífica, mediante la imposición de las ansias de cambio expresadas a través de la voluntad mayoritaria de la sociedad. Lenin, por el contrario, nunca contempló tal posibilidad en su particular análisis de las

circunstancias que debían rodear el proceso revolucionario que condujera al socialismo tras el aniquilamiento del régimen autocrático zarista.

2.1.3. La variante leninista del pensamiento revolucionario marxista

Marx pensaba que la revolución se produciría cuando la clase trabajadora industrial hubiese alcanzado plena consciencia de la naturaleza de la explotación capitalista de la que era su principal víctima. La galvanización de sus sentimientos revolucionarios, lograda a través de la cabal comprensión, por sus propios medios, de los instrumentos esenciales empleados por la explotación capitalista en el envilecimiento de su existencia, convertiría al proletariado en una fuerza política unida, capaz de llevar a efecto una misión histórica. Mediante la unión sindical, y gracias al concurso del liderazgo ejercido por los partidos políticos de inspiración marxista, la revolución socialista surgiría de una manera espontánea, una vez culminada la maduración de la consciencia revolucionaria entre el conjunto de la clase trabajadora.

En este particular, Lenin también contradujo, o matizó abiertamente, los planteamientos del marxismo oficial, argumentando que el proletariado no desarrollaría una consciencia de clase propia sin la intervención de un destacado grupo de revolucionarios profesionales, una especie de *intelligentsia* de inspiración marxista llamada a iluminar a unas masas de trabajadores naturalmente impregnadas de una actitud reformista y condescendiente con el capitalismo. Para ello profundizó en el concepto marxista de “vanguardia del proletariado”. Sin embargo, a diferencia de Marx, para quien dicha vanguardia únicamente debería cumplir un papel de ilustración e instrucción de las clases trabajadoras, Lenin concebía aquel reducido grupo de revolucionarios profesionales como la avanzadilla disciplinada, aleccionada y enteramente dedicada a llevar a efecto la revolución y la implantación de un Estado obrero alternativo, edificado incluso antes de que la totalidad de la clase obrera hubiese alcanzado plena consciencia de sí misma (Baron, 1976; Krausz, 2015).

Tras las lecciones aprendidas de la Revolución de 1905, una experiencia histórica irrepetible de la que emergieron formas inéditas de poder popular

encarnadas en los denominados “sóviets”, Lenin desarrolló una compleja teoría, donde describía minuciosamente los pasos a seguir para poder lograr la plena implantación de un Estado proletario en Rusia. Dadas las peculiaridades del desarrollo histórico ruso, y teniendo en cuenta la debilidad política de una burguesía autóctona que había crecido constreñida por una clase obrera prontamente radicalizada y convertida al socialismo, Lenin estaba convencido de la incapacidad de la primera para llevar a efecto, con todas sus consecuencias, la implantación de un régimen auténticamente liberal-democrático. Por esto último, Lenin planteaba la ineludible puesta en marcha de dos estrategias aparentemente contradictorias para alcanzar la meta del socialismo: la participación del proletariado en el proceso político revolucionario que condujera a la instauración de un régimen democrático-burgués, que reconociese plena capacidad de actuación a las organizaciones revolucionarias de signo socialista, inmediatamente seguida de la puesta en pie de una revolución de naturaleza enteramente socialista, en la que la clase obrera en alianza con el campesinado pobre llevase a efecto la edificación de la dictadura democrática del proletariado.

Alcanzada esta última fase de la revolución, quedarían abolidas todas las formas del viejo Estado burgués. Lenin sostenía que la clase obrera revolucionaria no debería limitarse a la conquista del Estado, sino que debería transformarlo de una manera integral y absoluta convirtiéndolo en una auténtica “dictadura del proletariado”. Únicamente de esta manera, es decir, mediante la imposición de una dictadura de la clase mayoritaria de la sociedad a través del ejercicio indiscriminado de la violencia contra el enemigo, el nuevo Estado erigido para la puesta en marcha del socialismo se convertiría en el más puro instrumento democrático jamás conocido.

Alcanzado el poder, Lenin sentó las bases para la creación de una estructura internacional que agrupase a los principales partidos de inspiración comunista (o leninista, si se quiere) que fueron surgiendo, primero en Europa occidental y posteriormente en buena parte de los continentes asiático y americano. Consciente de las dificultades que debería arrostrar el nuevo Estado soviético de continuar aislado en un contexto internacional hostil, dominado por las burguesías, Lenin alentó la puesta en marcha, desde 1919 en adelante, de la denominada Internacional Comunista, concebida como el instrumento encargado de llevar a efecto la auténtica propagación de la revolución socialista a nivel mundial (Kowalski, 2006; Davidshofer, 2014).

2.2. *El fascismo*

La ideología fascista comenzó a esbozar sus primeras y balbucientes revelaciones como doctrina política interclasista, investida de abundantes matices de antiliberalismo, antimarxismo y antiparlamentarismo, en los años inmediatamente posteriores a la conclusión del conflicto mundial de 1914-1918. Sus más depuradas expresiones emergieron, pues, en medio de las profundas convulsiones sociales y políticas que asolaron buena parte de los estados-nación de la Europa occidental durante el denominado periodo de entreguerras. Pese a todo, puede afirmarse que una buena parte de los componentes filosóficos y los presupuestos intelectuales sobre los que se funda el pensamiento político fascista tiene sus orígenes en la crisis cultural de finales del siglo XIX.

En consecuencia, cabría pensar que los regímenes fascistas europeos del periodo de entreguerras nacieron tras una profunda acentuación de las fracturas clasistas, políticas e ideológicas provocadas por la modernización capitalista y su incidencia sobre la mayor parte de las sociedades europeas occidentales. A todo ello se unió la súbita irrupción de las masas en los escenarios políticos y electorales, la acelerada propagación de las propuestas del marxismo revolucionario o el comunismo y el temor de las clases medias a la pérdida de “estatus” o al deterioro de sus posiciones de negociación con los estados liberales frente a la superior capacidad reivindicativa de los trabajadores organizados.

No obstante, allí donde finalmente alcanzaron la conquista del Estado, los regímenes fascistas se impusieron tras la irrupción triunfante, a la vez que dotada de una enorme capacidad de convicción, de la ideología ultranacionalista y regeneradora que los respaldaba. Entendida esta como un complejo programa de propuestas de transformación revolucionaria de los estados liberales que incorporaba múltiples alusiones a una intensa transformación palingenésica de la nación de carácter político, moral y cultural.

El fascismo se convirtió en una propuesta política altamente seductora, que anunciaba el comienzo de una nueva y esperanzadora etapa histórica asentada sobre la reconstrucción de la nación con la mirada puesta en la recuperación de su antiguo esplendor. Los fascistas se proponían, mediante la destitución generalizada de las viejas élites y su sustitución por una nueva

generación de hombres abnegados forjados en los ideales del sacrificio y la camaradería, la recuperación de los ancestrales y espiritualizados valores identitarios de la nación supuestamente agredidos por el individualismo materialista, el laicismo asociado al pensamiento liberal o el odio de clase de inspiración marxista. El enorme ímpetu disuasorio de todos estos planteamientos (*palingenesia mitificada* y *ultranacionalismo populista*), junto a la oferta de revolución cultural avanzada por los fascismos, permitió que sus innovadoras propuestas de transformación del viejo Estado liberal trascendiesen las tradicionales líneas de fractura asentadas sobre las disputas políticas o ideológicas entre diferentes clases sociales, las rivalidades de tipo confesional o religioso o las divisiones territoriales.

2.2.1. Los precedentes culturales, filosóficos e intelectuales del pensamiento fascista

Las nuevas ideas puestas en circulación por la vanguardia cultural e intelectual europea de la década final del siglo xx constituyeron una amenazadora respuesta a las certezas y la confianza que aún perduraban en torno a los fundamentos racionales y científicos que sustentaban el progreso humano, el desarrollo económico o el avance de la sociedad. Desde una perspectiva socioeconómica, la idea de progreso que prevalecía en la Europa de preguerra estaba asociada a la exaltación de las virtudes irrefutables que acompañaban al desarrollo industrial, el incremento de la productividad del trabajo, la vida urbana, la prosperidad material generalizada, la ventajosa aplicación de la ciencia y el desarrollo tecnológico a la economía y la producción y sus prodigiosos resultados sobre la industria manufacturera, el transporte y las comunicaciones. En el plano cultural, el progreso era concebido como el resultado del proverbial avance que había experimentado el conocimiento de base científica y su aplicabilidad no únicamente a la producción material, sino asimismo a la comprensión de la sociedad y las leyes que regían su comportamiento. Los años centrales del siglo XIX estuvieron señalados por la emergencia de nuevos modelos de interpretación social, nacidos de la aplicación de los métodos científicos al desarrollo de nuevas disciplinas como la sociología, la antropología, la ciencia política, la psicología o la criminología. El positivismo filosófico se convirtió en el mo-

delo interpretativo más extendido y aceptado en el ámbito de las ciencias naturales y humanas, alcanzándose la asunción, de una manera prácticamente unánime, de que toda la realidad se había convertido en un objeto de análisis perfectamente discernible a través del raciocinio humano. Esto último dio paso al rechazo de la especulación metafísica y a la aceptación de una única realidad: aquella que podría ser demostrada empíricamente (los hechos antes que la fe). Por último, en el plano político, la idea de progreso se equiparaba al avance logrado por el gobierno parlamentario, la democracia liberal y el principio de representación, cuyos modelos más exitosos se encarnarían en la monarquía constitucional británica y el parlamentarismo de la Tercera República francesa.

Las aportaciones intelectuales más sobresalientes de la corriente contracultural de finales del siglo XIX, que emergió como respuesta al patrón de conocimiento anteriormente descrito, estuvieron asociadas a la obra de dos pensadores altamente influyentes: Charles Darwin y Friedrich Nietzsche. La teoría darwiniana sobre la evolución de las especies mediante procesos de selección natural, que permitirían la supervivencia de los más aptos, encontró una temprana aplicabilidad en algunas disciplinas próximas, siendo trasladada tanto al estudio de las sociedades y las naciones contemporáneas como al análisis de los mecanismos hereditarios que condicionaban la transmisión genética de los caracteres. Una especie de “darwinismo social” invadió la mayor parte de las corrientes culturales y del pensamiento científico más en boga, dando pie a la rápida difusión de interpretaciones sumamente heterodoxas que justificarían, con una base aparentemente racional, la superioridad cultural y racial de unas naciones sobre otras, la expansión imperialista y la guerra entre las grandes potencias, destinada a afianzar su hegemonía sobre aquellas otras naciones consideradas débiles o inferiores.

De manera parecida a lo acontecido con la favorable acogida dispensada a las teorizaciones darwinistas entre las corrientes culturales justificativas del imperialismo, una porción nada despreciable de la intelectualidad europea del cambio de siglo leyó, con mayor o menor acierto, la obra, muy difundida, de Nietzsche. Quizá debido a ello, pronto se generalizó una especie de postura intelectual inconformista y antielitista, que ponía en cuestión los aspectos más convencionales de los modos de vida y los valores acomodaticios de la burguesía, rechazaba la atrofia y el estancamiento de la civilización